



## UN ALCALDE CABALLEROSO

Por Nicolau Conti Fuster  
Secretario General del Pleno del Ayuntamiento de Palma

Es un tema recurrente, en el devenir de nuestra estimada profesión, el de la relación que se traba con quien ejerce la máxima autoridad consistorial, es decir, el señor Alcalde. Todos conocemos casos en los que la misma ha discurrido por cauces conflictivos y tenebrosos, que incluso han afectado, desgraciadamente, la normalidad institucional de las corporaciones locales donde prestamos nuestros servicios.

Pero el relato que voy a iniciar, y del que fui afortunado protagonista, da cuenta de un episodio en sentido contrario, que otorga un matiz positivo y edificante digno de ser conocido.

En los albores de mi trayectoria profesional ejercí de secretario-interventor en Porreres, municipio mallorquín de menos de cinco mil habitantes en aquellos tiempos, y en el que estuve muy a gusto durante casi trece años. Tuve la suerte de compartir mis inicios con un alcalde veterano, D. Josep Roig Salleras, que siempre se portó muy bien conmigo y con el que no había tenido ningún problema ... hasta que sucedió lo que ahora me presto a contar.

Un día me convocó a una reunión en su despacho con un vecino de la localidad para comentar un problema que en estos momentos no acierto a recordar, pero que tampoco viene al caso. La cuestión fue que mi opinión no fue favorable a la solución que se planteó, y ante las caras y reproches que se suscitaron me enfadé mucho y abandoné el lugar dando un fuerte portazo. En términos castizos diría que me habían sacado de mis casillas.

Volví a mi despacho y al acabar la jornada me marché a comer, todavía enfurecido, a un restaurante del pueblo como tenía por costumbre los días en que tenía compromisos corporativos por la tarde. Mi sorpresa fue que, al poco rato, compareció el alcalde que se acercó sigilosamente a mi mesa y, con tono muy cortés, sólo me dijo: *“Cuando vuelvas a tu despacho verás que te he dejado una nota, léela por favor”*. Continuaba tan enfadado que apenas le respondí con un simple *“De acuerdo”*.

Después de comer regresé al ayuntamiento y sobre mi escritorio encontré un *post-it* con el siguiente mensaje:

*“Colau: Por favor, discúlpame y sigue con tu labor. Estoy de acuerdo en todo lo que es legal. Si esto lo es, vale.”*

Reflexioné y comprendí que con aquel gesto humilde y caballeroso el alcalde había reforzado, incluso más, la buena y sana relación profesional que siempre mantuvimos por el bien de nuestra corporación.

